

IN MEMORIAM

SILVIO VITALE DESDE EL CARLISMO

La vinculación de Nápoles con la monarquía hispánica, de la que formó parte durante dos buenos siglos, explica la prolongación en el tiempo de los influjos y las relaciones. A comenzar por la propia rama de la dinastía borbónica española que se constituyó en tronco de la que luego rigió la vida independiente del Reino de las Dos Sicilias hasta que fue engullido por la revolución que llegó del norte. Así, encontramos también la simpatía de esos reyes napolitanos por la causa de Don Carlos, conservada luego en su nieto Carlos VII, en cuyas filas sirvió como oficial el Conde de Caserta durante la tercera guerra carlista. Y aunque es cierto que, al doblar el siglo XX, la política matrimonial de la Casa de las Dos Sicilias iba a llevar al alejamiento de la Dinastía legítima en España. Pero esta relación entre Nápoles y el tradicionalismo español se personifica en los días más cercanos a los nuestros en dos nombres: Silvio Vitale y Francisco Elías de Tejada. De hecho, la amistad surgida entre ambos a partir de los frecuentes viajes de éste a la capital del *Regno*, a fines de los años cincuenta, pronto fructificó, y el propio *L'Alfiere* no puede considerarse ajeno al consorcio entre el extremeño incandescente y el napolitano pausado. En efecto, Vitale dio a conocer la figura de Elías de Tejada en la cultura italiana, poniéndolo en circulación entre las jóvenes generaciones que se acercaban al tradicionalismo; mientras que éste iba a contar con aquél en sus empresas culturales más significativas, desde los Congresos de Estudios Tradicionalistas (1964 y 1968) hasta la redacción del libro *¿Qué es el carlismo?* (1971). Fallecido prematuramente el maestro carlista en 1978, a él se debe mi amistad con el que ahora acaba de dejarnos. Pues tan pronto como pude comenzar a poner en orden los papeles de primero, gracias a la Fundación que constituyó y en la que casi desde el principio tengo parte no menor, procuré reanudar todas sus relaciones. En el caso de Silvio Vitale, comencé a escribirme con él mientras preparaba mi tesis doctoral sobre la filosofía jurídica y política de Elías de Tejada, y a frecuentarle desde que pude poner en Italia «mi

ventura» (quizá valga la pena recordar el «España mi natura, Italia mi ventura, Flandes mi sepultura» del dicho popular antañón). Recuerdo el seminario que organizó Paolo Caucci en la Universidad de Perugia, creo recordar que el año 1994, al que acudió Silvio acompañado de Enrica, me parece que por última vez, pues no mucho después moriría. Estaba presente Doña Urraca de Borbón Dos Sicilias, con quien tuve el honor de conversar durante la recepción que Paolo ofreció en su magnífica *villa*. Allí conocí también al queridísimo Maurizio Di Giovine, al que en varias ocasiones he calificado de ángel bueno del tradicionalismo en la Península itálica y el embajador en ella de nuestra Comunión Tradicionalista, encabezada hoy por S.A.R. Don Sixto Enrique de Borbón. Tras aquella gratísima reunión, seguimos camino hacia Civitella del Tronto con Maurizio Di Giovine y Alexandra Wilhelmsen, profesora estadounidense, hija de mi inolvidable amigo y gran carlista Federico, a quien Don Javier de Borbón concedió en ocasión rocambolesca la Cruz de la Orden de la Legitimidad Proscrita en los años setenta.

El año siguiente visité Nápoles por primera vez y caminé por vía Toledo con Silvio, que me vino a buscar al hotel Mediterráneo, donde yo me alojaba. Luego almorzamos en un restaurante del Posílipo. A su natural melancolía, la desaparición de Enrica había añadido un punto de tristeza que ya nunca le abandonaríamos. Y es que, el napolitano, como el andaluz, conoce dos tipos perfectamente diferenciados y junto al bullicioso vive el senequista. Alguna vez hablé con Silvio del asunto, a propósito de su simpatía por Barcelona y el mundo catalán, sentido como más próximo del alma napolitana que el castellano o el andaluz. A partir de entonces, forjada una estrecha amistad con Silvio, que sumé a la que de antes me unía con Maurizio Dente y Giovanni Turco, y a la que contemporáneamente trabé con Maurizio Di Giovine, y multiplicadas cada vez más mis presencias en Italia, Nápoles se convirtió en una obligada y gratísima visita anual. Lo que unido a otras escapadas, a Civitella o —con el también inolvidable Pino Tosca— a Modugno, me permitió disfrutar a menudo de la conversación de Silvio. En particular recuerdo su brindis a los postres del almuerzo de clausura del *Convegno* de Civitella de 2003, recuperando una forma tradicional («*Addò va?*») que luego he utilizado en la propia España en varias ocasiones y, en particular, en la cena que siguió al acto madrileño de la Comunión Tradicionalista contra la llamada «Constitución» europea. Y el discurso delante del monumento a Mateo Wade, también en Civitella, el último a que acudió, pocas semanas antes de morir. Pero también tantas otras palabras, siempre pronunciadas con timidez, casi *sotto voce*, sin afectación alguna. Pero llenas de convicción y buen sentido. Buen sentido tradicionalista, desprendido de cualquier ganga ideológica y transido de profundo sentido humano. Sin duda alguna, el mejor Silvio Vitale. Porque en Silvio coexistían a veces el tradicionalista *naturaliter* y el ideólogo con vetas culturales modernistas. De algún modo diríase que se trata de una hipoteca de toda su generación, e

incluso de las siguientes. Algunas veces hablamos también del asunto, como con Pino Tosca, a quien ocurría lo mismo, aunque no en las mismas proporciones, pues era quizá más consciente que Silvio de la dificultad, si bien prescindía resuelta y alegremente negándola en la práctica.

No puedo imaginar en verdad Nápoles sin Silvio. El día de la Santa Misa en el trigésimo de su muerte la presencia aplastante de tantos recuerdos y tantos sentimientos sepultaba la realidad. Por nada hubiera dejado de acudir a la Misa, en Santiago de los Españoles, en las proximidades de la tumba del virrey Toledo, celebrada según el rito inmemorial codificado por San Pío V por un sacerdote español de Ultramar, carlista por más señas, monseñor Ignacio Barreiro. Ni luego a la conmemoración, en la Sala de la Hermandad de Nobles Españoles de Santiago, en la que tuve el honor de decir unas palabras —al lado de Paolo Caucci y Maurizio Di Giovine— y dar lectura a un mensaje de pésame de S.A.R. Don Sixto Enrique de Borbón. Ni siquiera a la cena, en una *trattoria* caótica, cercana al surrealismo, pero estupenda, elegida con cariño por el gran Enzo Esposito. Pasado el tiempo, cuando recuerdos y sentimientos se van posando, es difícil no verse asediado por la orfandad. Suele decirse a veces que nadie es insustituible. Puede ser. Pero no es menos cierto que la desaparición constante de los grandes de la cultura tradicionalista durante los últimos años, ha creado un vacío que los que seguimos en edad no estamos en condiciones de llenar. Queda *L'Alfiere*, cuyo solo nombre, además de un título, es un estandarte. A cuyo calor nos acogemos quienes nos honramos en profesar los principios de la Tradición católica de impronta hispánica en esa nación misteriosa y extraordinaria que fue el Reino de Nápoles.

MIGUEL AYUSO

